

Noticias de ninguna parte: Las cosas se desmoronan

ALEC CHARLES :: 08/07/2022

El castillo de naipes se ha derrumbado en torno a Johnson. Uno se siente tentado de preguntar si la última persona que abandone su Gabinete hará el favor de apagar las luces

Este es el principio del fin del insobornable primer ministro del Reino Unido. El final, cuando llegó, iba a ser espectacular como siempre. Eso es lo que sin duda dirán los historiadores del futuro, al recordar este periodo tan turbulento de la política británica. Se había acumulado tanta tensión en el corazón del gobierno que nada menos que una explosión la cambiaría. Se habían acumulado tantas mentiras que el súbito afloramiento de la verdad resultaría catastrófico.

Había actuado tarde ante la crisis de la pandemia, lo que había costado decenas de miles de vidas. Su administración había malgastado miles de millones adjudicando contratos de equipamiento inútil a sus socios y amigos.

Se había ido de fiesta durante el cierre y había mentido al Parlamento al respecto. Su multa policial le convirtió en el primer Primer Ministro británico sancionado por infracción de la ley durante su mandato. Fue el primer Primer Ministro británico investigado por engañar a la Cámara de los Comunes.

Había presidido una extraordinaria crisis económica, con los británicos de a pie luchando por conseguir combustible y alimentos.

El mes pasado, más del 40 por ciento de sus propios diputados votaron a favor de su despido. Dijo a la prensa que no iba a cambiar su carácter, y que estaba deseando cumplir un segundo y un tercer mandato. Los antiguos líderes conservadores dijeron que debía dimitir. El presidente de su partido dimitió.

La semana pasada se supo que había estado al tanto de las acusaciones sobre su vicejefe de filas antes de nombrarlo, y que había mentido al respecto. El miércoles, su gobierno sufrió un número récord de dimisiones. Sin embargo, a medida que pasaban los días y las horas, Boris Johnson seguía sin marcharse.

Todo había empezado de forma tan sencilla. El vicejefe de la bancada de Johnson, responsable de la disciplina del partido en el Parlamento, se emborrachó y agredió a dos compañeros en un club privado del centro de Londres. Dimitió rápidamente, y el Primer Ministro expresó su conmoción por la noticia. Sin embargo, pronto se supo que esta última revelación no era más que la punta del iceberg: anteriormente había habido una serie de acusaciones similares contra el político caído en desgracia. Downing Street dijo que Boris Johnson no había tenido conocimiento de ellas en el momento de su nombramiento. La gente del Primer Ministro se vio rápidamente obligada a admitir que sí lo estaba. Johnson dijo, una vez más, que sentía mucho haber cometido un error.

Sus ayudantes podrían haber razonado que, al menos por una vez, no era el propio Primer

Ministro el que se había tomado unas copas y había infringido la ley. Pero no fue así como la prensa, el público y su propio partido vieron esta última farsa.

A raíz de este lío, las repentinas dimisiones del Canciller y del Secretario de Sanidad de Johnson, ambos declarando su pérdida de confianza en su jefe, resultaron ser el principio del fin del insobornable Primer Ministro del Reino Unido.

El martes por la noche, mientras esos dos altos cargos conservadores dimitían, seguidos por el vicepresidente del Partido Conservador y el fiscal general, yo aparecía por casualidad en un programa de televisión para esta cadena, hablando del peligro en el que se encontraba el primer ministro británico. El momento parecía extraordinariamente fortuito.

A la mañana siguiente, el ministro de la Infancia de Johnson, junto con un ministro de Justicia y un ministro del Tesoro de menor rango, también abandonaron el gobierno. Un montón de ayudantes ministeriales también renunciaron, y más diputados tories exigieron la salida del primer ministro. Al mismo tiempo, la portada del *Daily Mail*, habitualmente leal, se preguntaba si este "lechón engrasado" de primer ministro sería capaz de "escurrir el bulto". *The Times* y *The Guardian* dijeron que estaba "al borde". El *Daily Telegraph* declaró que "pende de un hilo".

Por la tarde, el Secretario de Gales también había dimitido. Un ministro subalterno de la Oficina de Gales rechazó la oportunidad de sustituirle.

El jueves por la mañana, el Secretario de Irlanda del Norte también se había ido. En ese momento, un día y medio después de las primeras dimisiones, más de cincuenta miembros del gobierno de Boris Johnson habían dimitido. Entre ellos se encontraban ministros con carteras de educación, seguridad, ciencia, trabajo y pensiones, sanidad, empresas, cultura, tecnología, igualdad, medio ambiente, vivienda, nivelación, el Tesoro y el Ministerio del Interior. La Fiscal General había pedido públicamente a su jefe que dimitiera y había anunciado su propia candidatura en un posible concurso de liderazgo, pero curiosamente había optado por permanecer en su puesto.

Un día después de su nombramiento, los medios de comunicación informaban de que el recién nombrado Canciller había dicho a Boris Johnson que debía dimitir. A él se unieron el ministro del Interior, el de Transportes y el de Economía. A la mañana siguiente, el nuevo Canciller publicó una carta sin precedentes en la que pedía abiertamente la dimisión del Primer Ministro. Unos minutos más tarde, el nuevo Secretario de Educación -nombrado el día anterior- dimitió.

El Secretario de Nivelación fue despedido, y fuentes de Downing Street le llamaron "serpiente". (Gratificadamente, éste era un término que yo había utilizado para describirlo en esta misma columna hace apenas dos semanas).

Para entonces no estaba claro si la administración del Sr. Johnson tenía suficientes ministros para seguir dirigiendo el país. Había quienes podían suponer que esto no era necesariamente algo tan malo.

Al reflexionar sobre su actuación en el Parlamento el miércoles, el editor político de la *BBC*

informó de que "se podía sentir y oír cómo se desvanecía la autoridad de Boris Johnson". Sugerir que a estas alturas el Sr. Johnson era un líder "pato cojo" habría sido insultar la capacidad de liderazgo de los patos discapacitados.

El jueves por la mañana, un antiguo miembro del Gabinete comparó la negativa de Johnson a ver que su carrera política estaba acabada con los intentos desesperados de Donald Trump por seguir en el cargo. El presidente tory del Comité de Enlace de la Cámara de los Comunes, un conocido partidario de Boris Johnson, dijo lo mismo. Mientras tanto, la portada del periódico *The Sun* anunciaba que el Primer Ministro había declarado que "tendrán que mojar sus manos en sangre para deshacerse de mí".

También se citaba a Boris Johnson diciendo que haría falta un lanzallamas para obligarle a abandonar su cargo. En ese contexto, los precios extraordinariamente inflados de la gasolina en el Reino Unido podrían haber sido su última esperanza de salvación política.

El líder de la oposición de Su Majestad se sentó sensatamente a observar en silencio mientras el caos seguía desarrollándose. A veces no es necesario decir nada en absoluto. Los periodistas, mientras tanto, estaban ocupados escribiendo los obituarios políticos del primer ministro.

Hace una década, la sátira política de Armando Iannucci "The Thick of It" presentaba un episodio en el que un líder en funciones dimitía repentinamente. Sus oponentes, que por supuesto habían exigido su dimisión, se veían obligados en ese momento a realizar un extraordinario cambio de rumbo, en un intento de perjudicar a sus rivales, aclamando al líder saliente como un gran estadista. Sin embargo, dadas las prolongadas y absurdas circunstancias de la caída en desgracia de Boris Johnson, tal vez sea una hazaña demasiado lejos y demasiado extravagante para que los animadores del Partido Laborista de hoy en día puedan conseguirlo con algo parecido a una cara seria y convincente.

Finalmente, el jueves por la mañana, tras una agónica espera, Boris Johnson aceptó dimitir. Dijo que se iría en otoño, una vez que se haya elegido a su sustituto, aunque otros en su partido han exigido que se vaya de inmediato.

Como su castillo de naipes se ha derrumbado en torno a las orejas del Primer Ministro, uno se siente tentado de preguntar si la última persona que abandone su Gabinete hará el favor de apagar las luces. Pero puede que haya algunos de sus colegas en el otro lado de la Cámara que, por una vez en su trato con esta escurridiza anguila de la política, aunque sonriendo por fuera, no puedan ver ahora el lado divertido de su salida. La posibilidad de que los conservadores presenten un líder competente y popular para reemplazar al Sr. Johnson debe helarles los huesos. (Si, por el contrario, los tories eligen al idiota y efusivo ministro de Asuntos Exteriores -uno de sus favoritos- como su nuevo líder, Keir Starmer puede reírse todo el camino hasta las urnas).

Al Mayadeen